

Los cuentos de la mantita

Mari Carmen Díez Navarro
2005

*"Marcela estuvo en las nieves del norte. En Oslo, una noche, conoció a una mujer que canta y cuenta. Entre canción y canción, esa mujer cuenta buenas historias y las cuenta vichando papelitos, como quien lee la suerte de soslayo.
Esa mujer de Oslo viste una falda inmensa, toda llena de bolsillos. De los bolsillos va sacando papelitos, uno por uno, y en cada papelito hay una buena historia para contar, una historia de fundación y fundamento, y en cada historia hay gente que quiere volver a vivir por arte de brujería. Y así ella va resucitando a los olvidados y a los muertos; y de las profundidades de esa falda van brotando los andares y los amares del bicho humano que viviendo, que diciendo va."*

Eduardo Galeano

Siempre, desde que me reconozco, he sentido que los cuentos me eran importantes, necesarios, imprescindibles. Que me enseñaban, me entretenían, me acompañaban, me arrullaban. Que me llegaban muy dulces al oído, me hacían llorar y reír, me asustaban, me emocionaban, me invitaban a soñar... Yo solía "copiarme" las cosas que pasaban en las historias para jugar mejor, con más "enjundia", con mejor argumento. Y recuerdo que, a veces, me bastaba con evocar un cuento para desatarme las alegrías o las tristezas, para imaginarme otra, para... casi volar.

Después he sabido que, en otros tiempos, los médicos hindúes y también los de otros pueblos, "recetaban" a sus enfermos fábulas, versos, historias o aforismos para recuperar la salud, la alegría y la confianza en sí mismos. Porque el mensaje de los cuentos no es otro que el: "anímate", "las dificultades se pueden superar", "no importa que seas pequeño, débil o inexperto, si te esfuerzas y perseveras, lograrás tus deseos", "si eres buena persona, conseguirás tener lo que sueñas", "si luchas, encontrarás una senda a tu medida"...

Y es que aprender de otras gentes, de otros lugares, de otras vidas es precisamente lo mejor que nos ofrecen los cuentos. Aprender del universo externo y del interno (ese "piso de abajo" emocional que nos conmueve). Aprender de unos y de otros. Aprender de todos y de uno mismo. Aprender a vivir...

Así lo decía Italo Calvino:

"Los cuentos son, tomados en su conjunto, con su siempre reiterada y siempre diversa casuística de acontecimientos humanos, una explicación general de la vida, nacida en tiempos remotos y conservada en la lenta agonía de las conciencias campesinas hasta llegar a nosotros; son un catálogo de los destinos que pueden padecer un hombre o una mujer, sobre todo porque hacerse con un destino es precisamente parte de la vida: la juventud, desde el nacimiento que a menudo trae consigo un augurio o una condena, al alejamiento de la casa, a las pruebas para llegar a la edad adulta y la madurez para confirmarse como ser humano."

La protagonista del cuento de Estrellita de oro, es una muchacha bonita y tranquila, a la que maltratan su madrastra (e hija) Un día la envían al campo con un imposible encargo llamado a fracasar y por el camino se tropieza con una viejecita comprensiva y generosa con las buenas personas, que le regala tres "gracias": "que cuando te rías, caigan perlas. Que cuando te peines, caigan rosas. Y que cuando te metas la mano en el bolsillo, encuentres siempre dinero".

A medida que he ido pensando en el cuento se me ha ido llenando cada vez más de

connotaciones. Así que ahora las perlas a mi me significan pensamientos genuinos, originales, autónomos, libres. A las rosas las entiendo como afectos, sensibilidad, escucha, compañía; algo así como la alegría que da tener claro lo que se quiere, ser capaz de perseguir los propios deseos. El dinero lo traduzco como la riqueza que aporta la curiosidad puesta en juego, la continua búsqueda, la experiencia acumulada; en una palabra, la actitud abierta y activa ante el trabajar, el aprender, el "arreglárselas" para vivir.

¡Para mí los querría estos dones! Y los quiero... También para mi familia, mis compañeros, mis amigos, mis alumnos. Tres "gracias" que nos llevarían de la mano de las historias, que actúan como hermanos mayores, como ejemplos, como posibilidades..., hasta la realidad, la salud y el inestable equilibrio que supone vivir.

Los cuentos, memoria colectiva. Los cuentos, "catálogo de comportamientos", como decía Italo Calvino. Los cuentos, el placer y la necesidad de aprender a ser gente entre la gente, y a ser uno mismo y diferente entre todos los supuestos iguales.

Metáforas necesarias

Desde hace un tiempo estoy intentando hacer conscientes los movimientos que hago, o las vías que utilizo para hablar con los niños de los sentimientos, de los asuntos de relación, y de todas esas cosas del "piso de abajo" emocional que tanto nos implican.

Una de las principales estrategias que hago servir es el *ir hablando de los acontecimientos cotidianos*, poniendo en común lo que sabe y siente cada cual sobre el asunto de que se trate, o sobre los afectos movilizados en las relaciones entre ellos. Otro camino es *incluir el cuerpo*: mirarlo, cuidarlo, moverlo, compartirlo, estar contentos con él, usarlo para acariciar, pintar, trabajar, dramatizar, bailar... También *dar amplia y preferencial cabida al juego libre*, a la experimentación, a la libre elección de amigos, actividades, materiales, talleres... Por supuesto, *tener en cuenta significativamente a las familias*, punto referencial importantísimo en estas cuestiones de adentro. Permitir y potenciar que vengan, que aporten, que miren, que cuenten, que estén.

... Y *contar cuentos*, que actúan como "presentadores" de la realidad a los niños, por medio de sus metáforas fantásticas, del simbolismo de las palabras que conforman las historias y del placer que reportan. Es por eso que elijo los cuentos con tantos cuidados. Los filtro, los pienso, y me dejo llevar por esa intuición reflexiva que me indica por dónde tirar, o qué cuentos leer en cada momento. Y es por eso que los cuentos nos recompensan con bienes, a los niños y también a mí...

Este año leí en mi clase un cuento de los indios cherokee: "Las primeras fresas". Al acabar la lectura Guillermo preguntó:

—¿Sufrir qué es?

—Pasarlo mal. Si alguien te trata mal, sufres, le explicó Chimo.

—O si te chillan fuerte, le dijo Marta.

—A mí en mi casa siempre me tratan muy mal, y sufro, dijo otro niño.

—A mi no me gusta que me chille nadie, seguía Chimo.

—Si te pegan también sufres, aclaró Sergio.

—Y si te pellizcan, dijo Rebeca.

—Y si te dicen "capullo", comentó Marc.

—O tonto, o feo, o malo..., dijeron varios.

—O si te tiran piedras, señaló Alejandra.

—O si te arañan, así se sufre bastante, dijo Carlos.

—O si te muerden, como mi hermano, añadió Yolanda.

—Si no te dejan jugar también sufres, dije yo.

—Y si te mueres sufres lo que más y hasta lloras sin parar, dijo María.

En otra ocasión, les leía un cuento (*Cow Boy*), en el que la trama se desarrollaba teniendo como protagonistas a un padre y un hijo.

—¿Y la madre?, dijo Miguel. Varios compañeros aventuraron respuestas:

—Estará trabajando

—O durmiendo

—Enfadada

—Enferma

—Separada

—Muerta...

Son hipótesis que los niños hacen continuamente, las verbalicen o no. Igual que hacemos los adultos. Buscando, como de costumbre, entender los acontecimientos que nos rodean. Y es para esto para lo que sirven los cuentos, para explicarse la vida, poquito a poco.

La mantita

En mi clase hay una biblioteca bien surtida de libros, cuentos, diccionarios, folletos, revistas, tebeos, etc. Pero además hay un armario medio secreto reservado para los cuentos "de la mantita". A la hora de merendar, les leo a los niños uno de esos cuentos. El mismo durante los cinco días de la semana, para que lo aprendan, lo comprendan y lo disfruten a fondo.

El cuento especial aparece siempre envuelto en una mantita de lana de colores que trajo David, y que había sido tejida por su abuela: "a mi me gusta mucho, pero la dejo para la clase y la podemos gastar todos", nos dijo. Son cuentos no sólo sugerentes, bien escritos, e ilustrados..., sino cuentos que vienen revestidos por un afecto, el mío. Por un cobijo potente, el de la cultura que espera y acoge. Y por un calor entrañable, el que supone haber sido elegidos pensando precisamente en quienes van a escucharlos.

Estos cuentos semanales no sólo se leen, sino que se juegan, se dibujan, se hacen en teatro, se hablan... Y nos sirven de despensa caliente para ir haciendo acopio de provisiones afectivas y sentimentales. El catálogo aquel que decía Calvino.

El cuento se ha de mantener bien tapado (para que no "se enfríe"), y en la mesa acostumbrada, y se puede ir viendo a placer en los ratos libres, pero cuando acaba la semana, se guarda en el armario, del cual sólo saldrá si alguien lo "solicita", es decir, si hay quien lo desee de verdad. De tanto en tanto el armario se abre de par en par, y cada cual puede disfrutar de todos y cada uno de sus cuentos favoritos. Esas sesiones de "los cuentos de la mantita" son largas, silenciosas y, notoriamente sentidas. En ellas los niños pasan las hojas acariciando los libros, tocando a sus personajes preferidos, sonriendo, moviendo los labios al recordar las palabras conocidas y queridas.

En ocasiones el cuento es un disfrute del lenguaje, por su ritmo, su significado, o su belleza. Otras veces lo que atrae más es la ilustración, el tema, o la identificación con algún personaje... He visto cuentos que hacen entrar directamente a los niños en su potencial simbólico, por su fuerza y claridad, o por la coincidencia de su contenido con el momento concreto que están viviendo a nivel afectivo, grupal o familiar. Lo más raro es que estos cuentos no "lleguen" a los niños, sin embargo en algunos casos, así ocurre, aunque noto que el descontento suele tener que ver con dificultades particulares en aspectos de la historia en los que se ven de algún modo reflejados.

Me gusta observar sus caras mientras les leo el cuento. Me gusta escuchar sus comentarios al acabar de leer, o al otro día, e incluso meses después. Me gusta que expresen con libertad sus deseos, sus identificaciones, las ideas que les sugieren las historias. Y que fabulen juntos, y que sueñen otros finales, otros comienzos y otros colores a su gusto y medida.

Antes de empezar a leer el cuento, como en un ritual, leemos un poema, también el mismo durante toda la semana. Nos sirve de "aperitivo", de comparación entre los distintos lenguajes, de juego de palabras. Nos prepara para oír, para ver y para imaginar. Nos enseña a captar de un solo trago el sentido y la forma de los versos. Nos mete de lleno en las metáforas a veces incomprensibles. Nos invita a seguir. Algunos de los poetas que nos han regalado con sus obras han sido: García Lorca, Miguel Hernández, Nicolás Guillén, Gloria Fuertes, Rabindranath Tagore, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, y tantos más...

Este año "los cuentos de la mantita" han sido, por ahora: *El canto de las ballenas, El regalo, Las primeras fresas, Vamos a cazar un oso, Madre chillona, Un puñado de besos, Enamorados, El túnel, Flon flón y Musina, Por qué, Los tres bandidos, ¿A qué sabe la luna?, Alfanhuí, La flor del lililá, Tía tigre, El pequeño plátano...* Y han dado pie a que una de mis alumnas se anime a decir algo que la tenía preocupada: "Mis padres también viven en dos casas, porque se discutieron como los indios del cuento de las fresas". Otro de los niños contó por primera vez que tenía un "casi hermano". Varios explicaron las cosas que les daban miedo. Algunos se quejaron de las "maldades" que les hacían sus hermanos. Y casi todos conversamos sobre las guerras, los ladrones, qué pasaría si nos hablaran las ballenas, que significa sufrir, perdonarse, enamorarse, imaginar...

Las historias

Mis alumnos y yo inventamos historias. Suelo esperarlos hasta que van entendiéndome las formas de hablar extravagantes que gasto, los dobles sentidos de mis bromas y las pequeñas metáforas de mis poemas pareados, o de mis sugerencias de trabajos y juegos. Cuando ya están "en ello", me acompañan los vuelos, me sorprenden con sus "pinitos", y me ayudan a crear un clima de buen estar y placer. Una de nuestras formas preferidas es inventar historias. A partir de ellos mismos, de sus juegos predilectos, de sus modos de hablar y relacionarse, de los juguetes que traen, de sus peinados, de sus ropas... Y también a partir de mí, de mis gustos, de mi humor, y de mi "inventiva" del momento.

Recuerdo una vez que estábamos sentados en las escaleras de la puerta de la escuela. Habíamos salido a ver qué se veía y se oía desde allí. Oíamos piar de pájaros, coches, las ocas del vecino... Veíamos el césped, las rosas, los limoneros, los coches de los maestros, las palmeras, los murales pintados por los niños de primaria... De pronto, una bandada de gorriones se pusieron en el cable de la luz, haciéndolo presente, y entonces empecé a improvisar una historia, en la que uno de los pájaros nos iba invitando a subir al cable desde el patio del colegio. Una vez estuvimos todos "enfilados en el alambre"... suspiré y me callé. Mar me pidió que siguiera, Marta también, y más. Y seguí "volando" con ellos, y haciendo que "volaran", hasta que yo misma llegué a creerme que los pájaros nos habían echado unos poderes al rozarnos con sus plumas y podíamos subir con ellos a las nubes, bajar a la playa, visitar a nuestros padres en las casas, o en los trabajos, y hasta tomarnos de almuerzo un vaso de lluvia con una magdalena.

Después de las primeras veces, se va cogiendo costumbre..., y cuando te descuidas se ponen a inventar ellos también, excitadamente, a base de su imaginación desbordante, entre prisas, y sin ver el modo de acabar... El asunto es que se sientan en libertad para crear. Que sepan que "todo vale" en este nuevo juego de sueños y de palabras. Que tanto puede uno organizar una historia a partir de unos cuantos juguetes, que de una chaqueta perdida, un cartón, un trozo de lana chamuscada, o una croqueta. Primero las historias salen casi por arte de magia. (Algunos me miran la boca, o me la rozan con los dedos). Después las historias ya vienen medio hilvanadas desde

sus casas: "he traído esta tela, que vale de alfombra voladora", "he sacado un dinero de mi hucha para que sea el tesoro de una historia"...

Inicios. Finales. Ideas mil. Hipótesis inacabadas, que serán un argumento. Pedazos de cuento que habrá que hilar, juntar, a los que habrá que dar cohesión y "verosimilitud". Historias chicas, que se irán haciendo grandes un día detrás de otro, juntos.

Este año que cuento, la afición fabuladora era tanta, que nos invadió la clase excesivamente, y no tuve más remedio que reducir el tiempo que le dedicábamos, antes de que el aula se redujera en exclusiva a la creación de historias, guiones, teatros y cuentos de todos los tipos. Tuve que decir que las haríamos sólo los martes, y aprender a sostener mis dudas y a no ceder cuando oía sus voces añorantes quejosas por la pérdida: "echo de menos las historias", "ayer me inventé una historia en mi casa y quiero contarla", "¿puedo dibujar el cuento que he pensado?"

Cuando ya sabemos valorar lo bonito que es soñar en voz alta y recordar siempre que queramos nuestros "sueños = historias" porque las tenemos escritas (yo hago de secretaria), viene el inventarlas en pequeños grupos, individualmente, o entre todos. Unas veces con objetos, otras sin ellos. Y el dibujarlas, representarlas en teatro, escribirlas...

Durante mucho tiempo presto mi mano para anotar, pero a partir de un cierto momento algunos van lanzándose a escribir y a acompañar sus ilustraciones secuenciadas con pequeñas frases. A pesar de ello, mantenemos ese inventar fluido y ligero, a modo de romance sentido, con chispas en los ojos, con caras soñadoras, sin casi darle tiempo a la escritura. Esas son las historias que mejor resultan, las que emergen atropelladamente, y en las que "salen" cosas de los autores y de sus amigos, queriendo o sin querer. Como salen los borbotones. Rápidos, tumultuosos y con profusión de descargas emocionales.

Algunas veces las historias provienen de una imagen sugerente, como ésta que inventaron los niños colectivamente a partir de una lámina que encontré en un libro de mitos:

Fotsis

Elefants, 2005

Érase una vez un niño griego que se llamaba Fotsis y estaba muy asustado porque un águila de dos cabezas iba a cazarle. El niño estaba montado en un avestruz, que se conocieron y le estaba salvando (como corren mucho...) Pero el águila volaba muy rápido y casi le cazaba, porque estaba cerquísima y de pronto le rozó y le hizo un poco de sangre en la espalda. Él no gritó, aguantó. Estaba creyéndose que el águila lo iba a cazar para que las hembras lo cortaran a trocitos y se lo dieran de comer a sus pollos. Pero el niño no quería morir, y entonces el avestruz le dejó unas plumas para que se fabricara una espada. De pronto el avestruz y Fotsis pasaron por debajo de un robot, que era de metal, y el robot le ayudó a subirse a un árbol y cogió la espada y mató al águila. Se la clavó en la boca y luego le cortó las cabezas. Y con el resto le quitó las plumas, hizo fuego y clavó el águila en la espada, le dio vueltas y salió águila frita. Y al robot le echaron aceite del águila. Y vino la madre de Fotsis y se enfadó porque se había ido. Y el niño la invitó a comer. Y colorín colorado...

Otras veces utilizamos palabras que previamente hemos elegido. Palabras bonitas, feas, mágicas, de miedo, especiales... Estas historias recién nacidas no siempre cumplen todos los requisitos de una buena narración. Hay quien olvida plantear el conflicto, quien no da final, quien no explica apenas nada, quien describe simplemente su personaje preferido, ignorando los demás... Pero esas cosas no tienen importancia, están dentro de un proceso, de un aprendizaje que si se hace con el disfrute suficiente, sin duda llegará a buen término.

Me vienen a la mente unas historias de terror escritas en dos diminutos libros (¡de ocho centímetros!) que nos trajo el padre de Cayetano de Barcelona. Cada niño iba dictándome su relato, mientras yo hacía de "escribiente" lo más ligera que podía. Después lo que me costó bastante trabajo fue copiarlos en los librillos, con la letra

comprimida para que cupieran.

El perro y los veinte monstruos

Miguel

Érase una vez veinte monstruos y un perrito que se encontraron bichos y se los comieron. Y entonces tres se fueron y cada uno se encontró su bicho favorito de comer y se los comieron “agustitamente” y al perrito no le daban nada y estaba muerto de hambre. Así que se fue a una casita que hubiera perros y había seis perros y siete cajitas de comida y entonces vio que había para él y se quedó a comer allí. Y entonces los veinte monstruos aplastaron todas las ciudades que veían y hasta la casa de los siete perros, pero ellos se salvaron, por suerte. Y al final los monstruos caen en un volcán encendido en Canarias, porque los perros los habían empujado hasta allí. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

También recuerdo otras historias de castillos, príncipes y princesas, con ilustraciones totalmente pringadas de purpurina.

El rey Eduardo

Virginia

Había una vez un rey que se estaba peinando. Era el rey Eduardo. El rey iba andando y se encontró una princesa, un camaleón y un conejo verde. Entonces salió un Power Ranger y atacó al conejo verde, que iba con el rey. El rey huyó y se hizo de noche. Salió un tiburón y la playa estaba en calma. Y el rey buscó una mujer y la encontró. Se llamaba Mari Conchi. Luego se fue a dormir con ella y por la mañana vieron una mariposa y un coche. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Había unas historias de animales de la selva, ilustradas “estilo collage” y realizadas en pequeños núcleos de agrupación libre: “Cuentos por patrullas”, los llamábamos. Iban forrados en tela y llenos de colgantes y abalorios.

El safari

Jorge, Daniel, Fernando, José

Érase una vez un león y un leopardo que vivían en un safari. Un día apareció una excavadora que cogió piedras y las llevó a un camión. Y llegó una bruja, hizo magia, pero como no le salió, le cayeron todas las piedras del camión encima. Y como eran muy gordas las piedras, las chafaron. Y como no tenía ya poder, se murió. Y el safari se quedó ya tranquilo, sin bruja. Y el león y el leopardo vivieron bien allí. Y colorín colorado...

“Historias de muertos” con graciosísimos argumentos que volvían el miedo risa con sus originales “soluciones”:

El regreso de los muertos vivientes

Antonio

Érase que un hombre fue al cementerio y no se dio cuenta y echó semillas y regó y creció una palmera con cabeza. Vino otro hombre, lo vio que estaba vivo, y saltó y se levantó el muerto. Después le cayó una flor en la cabeza del muerto y le dejó muerto al otro también. Después cayó otra flor y partió en dos al hombre y había dos cabezas. Y después uno que estaba muerto en el cielo, cayó de cabeza y mató al del suelo y él también murió por segunda vez. Y había otro muerto andando por el cielo y abajo había una roca. Se tropezó con ella y se partió en dos. Y este muerto tenía sangre. Y se levantó y creció mucho, y luego se hizo pequeño como un hombre y todos los que habían muerto, se convirtieron en hombres y mujeres, y nadie estaba ya muerto, así que se fueron a dormir.

Hace unos años invité a mis alumnos a inventar cuentos en torno a las sugerentes imágenes que aparecían en el libro de Quint Bucholz: *El libro de los libros* y resultaron unas historias muy creativas y reveladoras del momento de evolución personal de cada niño.

El libro de la lengua

Candela

Érase una vez un niño que estaba leyendo un libro y entonces lo abrió y estaba pasando hojas y se encontró una lengua, pues entonces le dijo a su madre que en el libro había una lengua. "Eso no puede ser, en un libro no puede haber lenguas". "¡Sí, que venga, que venga". Y al final dijo: "Voy". Y las dos llamaron al padre y el padre no quiso ir tampoco, pero lo convencieron y fue. Su hermano primero no se lo creía y llamaron adonde compraron el libro y dijeron: "En el libro hay una lengua" y llevaron el cuento y la vieron allí escondida. Y llamaron al que hizo el cuento. Eso será una lengua que al apretar un botón, ha salido. Y les dijo a todos que era mentira, que no era de verdad, pero sí, era una lengua rosa, una lengua verdadera de uno que se había muerto y se la quitaron y se la graparon. Y el niño ya siempre quería ese libro y apretaba el botón para verla, y siempre el libro sacaba la lengua. Y esa era su señal para ver por donde iba leyendo. Y colorín.

El hombre come letras

Luis

Érase una vez un hombre que se estaba comiendo letras porque aún no habían inventado los tenedores y las cucharas, y se las comía con la mano, y se manchaba los dedos, y luego fue a leer un libro. En esa época sólo había letras para comer: sopa de letras. Y luego, pues, fue a tirar la basura y en el basurero se encontró muchas más letras y se las comió, y le creció la barba y era de letras, y no se la afeitaba, y luego se fue a la playa y vio una orca, y le echó unos pescados para comer: dos o tres, y el se comió de almuerzo unas cuantas palabras: Ana, Andrea y Amiel. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

El año pasado los niños de mi clase (cuatro años) crearon unos cuentecillos a partir del proyecto de trabajo que nos había tenido ocupados durante casi un mes: los países del mundo. Los copié en un libro de contabilidad antiguo y sin usar, y los bauticé con el nombre de "Ingresos y gastos". Esto me puso en "tesitura contable" y me dieron ganas de "contabilizar" su contenido y analizar los resultados. Este libro colectivo tenía ilustraciones en cada uno de los cuentos, realizadas por los autores. También índice y un pequeño prólogo que yo escribí: *Los ingresos serán los sueños, las historias, las fantasías y las palabras. Los gastos serán las risas, las sorpresas, las emociones y los buenos ratos compartidos. ¿O serán todo ingresos?...*

El elefante y la estrella

Christian

Érase una vez que un día el sol vino a África, y un elefante dijo: -No tengo ningún amigo ¿Cómo voy a jugar? Y entonces encontró un gatito y se fueron a un parque. Y el sol ya no estaba, era de noche. Salieron las estrellas, y el elefante y el gatito cogieron una estrella y fue con una escalerita un poco rota. Y a la estrella la metieron en su cajón, y si la sacaban, daba luz. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

El hada y el ruso

Marc

Érase una vez Japón, y allí vivía un ruso, que se llamaba Sendó. Y un día se fue al campo, y vio un lago y en él vivía un hada que se llamaba María, y el hada se estaba bañando. Y él se bañó con ella, y luego se despidieron y él se fue a su casa. El hada le regaló de recuerdo una colcha de oro, y cuando él se tapaba, se acordaba delgada

Este año ha habido varios tipos de historias. Unas han surgido de un trabajo de acercamiento al arte de toda la escuela sobre el cuadro de las Meninas. Tienen formato de cuentos típicos. Los niños han inventado las historias, las han ilustrado hoja por hoja, las han titulado, y algunos incluso las han escrito por si mismos. Han quedado preciosas de verdad.

La infanta desnuda

Olivia

Un día la infanta Margarita se estaba duchando y Diego Velázquez entró y la vió desnuda, y ella dijo : vete, vete. Y él no se fue, sino que la pintó así. Y el rey se enteró y dijo: No me gusta ese cuadro, y le mandó que hiciera otro, y Velázquez hizo las Meninas, y pintó a Mari Bárbola, Nicolasio Pertusato, el perro Salomón, la infanta Margarita, los reyes, las Meninas, el aposentador, y cuando terminó el cuadro, Velázquez se fue a la habitación de la princesa, y fin y fin.

Diego Velázquez y el puñal

Guille

Un día Diego Velázquez se enteró que uno le había clavado un puñal a su cuadro de las Meninas. Era de noche y cuando se despertó se enteró y lo arregló pintando encima, y luego les dijo a las Meninas y a todos los que había en el palacio que lo había arreglado y les pidió a todos que se posaran uno a uno para pintarlos. Y luego le dijo a toda la gente que le habían dado regalos y a él le tocaron pinturas, pinceles y un caballete, porque como era pintor... Fin.

Diego Velázquez

Pablo

Velázquez ha muerto, y al otro día vino la guerra. Le clavaron un cuchillo al cuadro de las Meninas y se incendió todo el castillo. Se llevaron todos los cuadros, aunque se salvaron las Meninas, pero aún acuchilladas. Por la noche pasó una manada de lobos y los oyeron y Margarita se asomó a la ventana, pero ya no los vió y por la mañana se acordó y lo contó a sus amigos y no se lo creyeron y ella dijo que era verdad y no le hacían caso, y se fue a jugar. Fin.

Otras, de temas varios, han ido apareciendo en sesiones de taller, en las cartas que se escriben unos a otros, en hojas que se traen escritas de casa...

No me gusta estar malito

Quique

UN DÍA UN NIÑO LLAMADO JAVIER SE PUSO MALO. ENTONCES FUE A LA FARMACIA Y LE DIERON DALSY. ENTONCES NO PODÍA SALIR A JUGAR. ENTONCES SE FUE A SUIZA Y HABLABA ESPAÑOL Y LOS OTROS NO LE CONTESTABAN, PORQUE JAVI ERA ESPAÑOL Y LOS OTROS ERAN SUIZANOS Y ENTONCES JAVI SE INVENTÓ UNA COSA PORQUE LOS OTROS NO LE ENTENDÍAN Y SE INVENTÓ UNA ACADEMIA. FIN

Las últimas historias apenas cuentan con tres semanas de existencia y han nacido a partir de una foto que trajo Marc. En ella se le ve al lado de un cuadro enorme, en la feria Arco de Madrid. La obra consistía en una serie de palabras en inglés escritas con letras mayúsculas "a modo de Miró". Trazos negros y colores rojos, azules y amarillos animando las curvas o los círculos. Me pareció tan bonito el resultado plástico que propuse a los niños que escribieran cada uno una palabra como en el cuadro. El formato era grande (20/40 cms), y el conjunto resultó soberbio. Las puse en un panel de poliuretano grande que teníamos y están siendo una fuente inagotable de historias. "Voy a hacer una historia con ocho palabras". "Yo con las que tienen rojo". "Yo con las de la fila de arriba". "Yo con las más cortas, que aún no leo mucho". "Yo voy a inventarme un cuento con todas las palabras..." Es una pena no poder anotar las historias que salen a cada dos por tres y una suerte poder escucharlas y disfrutarlas...

Cuentos de amigo

Otra clase de cuentos que nos acompañan las crecidas son los que he dado en llamar "cuentos de amigo", y que llegan al grupo de la mano de alguien, bien revestidos de afecto, apadrinados, "calentitos".

Pueden ser los cuentos que traen los propios niños, los que cuentan en la clase sus padres, o abuelos, los que nos regala alguien que viene de visita a la escuela, como uno de castillos que nos mandó Carles Parellada después de visitarnos y vernos metidos de lleno en el tema... A veces a mi me llegan cuentos enviados por algunos amigos escritores: Mercé Escardó, Àngels Ollé, Paco Abril, Elisabeth Abeyà, Roser Ros, Dolors Todolí, Jordi García... O por otros amigos con los que mantenemos correspondencia, o contactos diversos: Juul nos llegó desde Málaga, enviado por Cristóbal Gómez y sus alumnos; *Paloma que llegaste desde lejos*, de Patxi Zubizarreta, que nos envió M. José Inxausti de Vitoria; *Zoom*, que nos regaló Lourdes de San Sebastián... Y más.

Estos cuentos tienen un doble tratamiento entre nosotros, porque cada vez que los leemos, recordamos al amigo que nos lo ha regalado. Así que se disfruta de la historia que cuenta el cuento, y de la historieta relacional que nos mantiene al día los afectos vividos como grupo. Todos sabemos que a los niños les gusta mucho que sus adultos

cercanos y queridos compartan con ellos sus recuerdos y sus vivencias. Las pequeñas anécdotas de otros tiempos, los “chismes”, las “batallitas”... Así que de tanto en tanto les cuento algunas de mis andanzas de cuando era niña, y me las hacen repetir y repetir hasta la saciedad... como en las mejores familias.

Creo que a ellos estas historias reales (aunque algo fantaseadas por el tiempo) les funcionan como pequeños “ejemplos” de vida. Sucesos cercanos de las cosas posibles, de las cosas que quizás se encuentra en por delante y tengan que afrontar. Una amiga que te tira del pelo. Un diente que te arranca tu madre. Una broma que te gastan las amigas. Un susto...

Experiencias cargadas de afectos particulares que uno regala a través de su voz y sus palabras. Experiencias que crean un vínculo especial, una complicidad, un compartir recuerdos. Experiencias de la historia y el imaginario del adulto que pasan a formar parte de la historia y el imaginario de los niños. Traspaso de saberes y de querer vertidos en las palabras.

Los cuentos de cordel

Una vez, leyendo a Eduardo Galeano, supe de unos cuentos de antes, que me dejaron prendada. Se parecían un poco a los cantares de ciego, que siempre me han gustado. Eran “los cuentos de cordel”. Unas planchas de madera con imágenes de historias grabadas a fuego, que iban ensartadas en un cordel y colgaban del hombro del artista que las realizaba, las contaba y las vendía en los mercados. Todo un derroche de belleza. O así me lo imaginé yo al leerlo.

Desde ese día tengo pensado fabricar un simulacro de estos cuentos de cordel y pasearme con ellos por toda la escuela contando y cantando lo que me venga a la boca a partir de los dibujos, de las palabras, o de los objetos que vayan apareciendo al pasar las páginas. No sé cuando lo haré, pero estoy segura de que acabaré haciéndolo. Como me pasó con la falda de bolsillos que soñé tener y usar después de leer la historia que encabeza este escrito, y que habla de una señora de Oslo que iba “vichando papelitos, como quien lee la suerte de soslayo”.

La falda, negra y larga, era de mi madre. Los bolsillos los cosió mi amiga Tere con telas de todos los colores, tamaños y formas. Y las historias me las invento yo, según lo que voy sacando de los bolsillos, según el día, los escuchantes... y el calor que me note por dentro.

Y es que contar historias es contarse, y sólo hay que ponerle unas gotas de deseo a las palabras para que den lo mejor de si mismas, para que vuelen ligeras de corazón a corazón...